



Ramón López Velarde

Malos réprobos y peores bienaventurados

Peste, Hambre y Guerra... En el trisagio, palabras suplicatorias; en la provincia, calamidades que van dejando huérfanas a mis amigas. Las malas noticias han ido llegando, sucesivas y trágicas, como el desprendimiento de las hojas en la última semana de septiembre. Huérfana la sal, es decir, aquella blanca, de cuerpo valiente y voz miedosa; huérfana la miel, es decir, aquella rubia, hija del Administrador de Rentas, muñeca nimia que departía conmigo cuando paseábamos por las huertas, en el síncope de la luz, bajo las ramas agobiadas de frutas y entre las campanadas agónicas, y que después me escribió una carta, con la letra romboidal de las alumnas del Sagrado Corazón; huérfana la cera, es decir, aquella paliducha que recortaba en papel de China mantelillos y servilletas; huérfana la granada, es decir, aquella encendida que, en una transcendencia a la vez poética e industrial, olía siempre a jabón de Reuter...

Ante la orfandad de la granada, de la cera, de la miel y de la sal, mi apetito se desarma, siquiera sea perentoriamente, y mis codicias más urgentes podrían desfilas sin que cesase la casta invasión. Remotas lágrimas expurgan mi deseo, y un dolor al que no asisto vuelve insípidas las más picantes venustidades. Todavía la desgracia ajena aniquila el ardor propio. Me abandono a la parvada luctuosa que, sobre sus alas de virginidad y de tortura, me repatria al paisaje inocente. Soy una malicia inerme que viaja sobre un plumaje mártir, por un firmamento de fe, hacia un panorama sin mancilla.

Los agnósticos al uso, los prácticos banales, los que Molière llamaba pequeños impertinentes, hallarán risible esta derrota de la lujuria por el sufrimiento. Yo la hallo, sencillamente, melancólica. Anhelamos un placer incesante y nuestra voluntad claudica. En la incongruencia humana, la virtud degenera con los asomos del vicio y éste se reseca con el hálito de aquélla. Cuando doña Elvira se aparece a Don Juan a excitarlo a arrepentimiento, el burlador comenta: «Ella ignora que mientras me habla de los suplicios eternos, yo descubro una seducción imprevista y un agrado nuevo en su aire lánguido, en su vestido despreocupado y en su llanto, que resucitan en mí el fuego

extinguido». ¿Cuál de nuestros espíritus fuertes es capaz de semejante impenitencia? ¿Cuál de ellos, imitando a Baudelaire, llamará cortesana incompleta a la que en su primera noche de cementerio no sabe provocar el celo de los muertos? Confesémoslo: todas nuestras obras, las buenas y las malas, son miserables. La moda, que ha inventado las capillas como calabazates y las masonerías como pantomimas, es el hazmerreír de San Pedro y de Belcebú. Muerta la edad heroica a manos de los enciclopedistas, hoy las gentes apenas se salvan y apenas se condenan. El infierno echa de menos a los grandes réprobos y el paraíso suspira por los ilustres bienaventurados. Un contemporáneo del presidente Wilson (ora lea Los misterios de Nueva York, ora deje de leerlos) llegado al cielo hará que los justos se aparten de su insignificancia; y llegado al infierno, su inanidad le valdrá el desprecio de los pecadores indeficientes, que verán en él el desdoro de su libertinaje. Si rezamos a la moda, en una capilla de moda, guiados por un sacerdote de moda, justo es que nos salvemos fortuitamente. Y si nuestro pecado no contraviene los reglamentos de policía y, en consecuencia, no mete en actividad al gendarme 2748, se explica que nos condenemos por casualidad. ¿Puede aspirar a otro destino una generación menguada y tibia? Leconte de Lisle puso en verso las ridículas bondades, y si publicásemos nuestra confesión sólo constarían en ella cómicos hurtos, glotonerías de sainete y sucias aberraciones. La maldad del hombre moderno extenderá el fastidio por el valle de Josafat, sin que el fastidio sea óbice al asco; y Belcebú, comprendiendo que en sus dominios no deben caer los que en romance liso y llano son unos pobres diablos, podría dar un toque de interés al bostezo del Juicio universal solicitando que los réprobos de las últimas centurias no tuviesen otro castigo que la prosa de su pecado. Con ello se lograría que fueran precipitados en el vórtice del crujiir de dientes únicamente los que no se cohibieran en él, y nadie haría papelones de afeminado tapándose las orejas y apretando los ojos ante la blasfemia, el llanto y la obscenidad eternos.

Hoy por hoy, quizá nuestra única grandeza moral consiste en la pugna que nos roe las entrañas. Somos polinomios cuyos términos discordes hierven sin tregua. Las potencias del alma y los sentidos corporales se baten y se neutralizan; y cuando triunfan las potencias, su triunfo encierra el sarcasmo de la infidelidad que prevalece sobre la fidelidad. El alma nunca nos es fiel: nos baja su dádiva como un capricho. Los sentidos siempre nos son fieles: ver, oír, oler, gustar y tocar son infinitivos que trotan en torno nuestro como lebreles adictos. Cuando los dispersa una potencia espiritual, sobreviene la desazón que nos causaría una mujer de rango que, al visitarnos, expulsase a los gatos, y a los caballos, y a todas las bestias leales de la casa. La adversidad es la dama despótica que mejor sabe ahuyentar a nuestros brutos.

Si con un afán sincrético, disputásemos sagrada la totalidad de la persona; si integrásemos el misticismo de la vida con la carne; si apartando las papeletas oficiales de lo elevado y de lo rastrero, redujésemos las palpitations más disímiles a una sola palpitation inefable, seríamos entonces tan armoniosos, tan puros y tan resueltos que las lágrimas de la mujer deseada no nos aplacarían. De la misma suerte que un valle lacrimoso no nos apacigua el propósito de poseerla, y justamente la traza de llanto que recibe de la escarcha, de la lluvia o del rocío, nos incita con más agudo estilo.

¿Dejaremos de ser algún día animales incoherentes que se desgastan en alternativas penosas? Yo no lo espero seriamente. Lo prohibido y lo lícito ahogarán en la cuna al infante predestinado a arrebatarse con manos de fuego la cintura de la desgracia, y no descenderá de la nube de los amables desatinos la señora cuya mano, superlativamente espiritual y superlativamente ávida, acaricia el lomo del gato, la anca del corcel y el hocico del perro.

Uno de los episodios para mí más sugestivos de las costumbres campestres es el que realizan con desenfado mimo las señoritas principales al ofrecer en la palma de la mano terrones de azúcar a los belfos de los caballos. Mi simpatía, en un vuelo raudo, se dirige a las desmesuradas llanuras y a las cuadras en que una caritativa doncella, con sombrero de paja y con falda rameada de claveles, soporta los dientes, torpemente comedidos, de un alazán o de un overo, al que da azúcar, con benevolencia y con apaño. Pero reconozco, no sin pesadumbre, que el simbolismo de tal episodio es un desatino más.

Prosigamos en la triste grandeza de la alternativa que nos roe las entrañas y saludemos con rendimiento al cordero y al gallo, ya que carecemos de la castidad del uno, encomiada por la Antigua y la Nueva Ley, y del rijo indefectible del otro, cuya mirada redonda, que se ribetea de una digna púrpura, vislumbra los hombros, acogedores y consoladores, de las huríes.

Vida Moderna, México, 12 de octubre de 1916

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario